



Metropolitana Iosif de Buenos Aires y Sudamérica

HOMILIA

Domingo IX de Mateo

«Κύριε, εἰ σὺ εἶ»
"Señor, ¿eres tú?"

La perícopa evangélica de hoy es continuación de la del domingo anterior, y una reverberación **-casi una duplicación diría- del evento de la transfiguración.**

Una vez terminada la **"multiplicación"**, el **"corte"** y la **"distribución"** milagrosa del pan a los cinco mil hombres -escena que evoca la futura acción eucarística de la Iglesia- los apóstoles suben a la barca para dirigirse a la otra orilla del lago de Tiberiades. Parece que el Maestro da una orden, puesto que el evangelista aclara que el mismo ἠνάγκασεν -obligó- a los mismos a subir a la barca y cumplimentar con este programa. Esta orden, claro, no es casual: es Él mismo quien despide **-ἀπολύει-** a los hombres luego de haberlos saciado material y espiritualmente: quien los convoca, los sacia, también los despide, es decir, los **"envía"** -así como hizo con los apóstoles antes- a fin de que sean testimonios y precursores del mismo. La despedida es un acto eminentemente simbólico que se refiere a la perfección, la culminación de la **"teosemia"**: *"Ahora, Señor, despides a tu siervo en paz, conforme a tu palabra; porque han visto mis ojos tu salvación, la cual has preparado en presencia de todos los pueblos; Luz para revelación a los gentiles, y gloria de tu pueblo Israel."* (Lc. 2: 29-32)

Luego de esto el Maestro sube al monte para orar a solas mientras los apóstoles navegan en la barca hacia su prefijado destino. Una tormenta azota el mar mientras la barca se sacude violentamente. A la madrugada (3-6 de la mañana) durante aquel escenario tempestuoso -y para llevar al máximo la tensión- aparece caminando sobre el agua el Maestro. Claro, los ignotos pasajeros de la barca ante tal espectáculo naturalmente se asustan. Si bien algunos de ellos estaban acostumbrados a este tipo de infortunios marinos siendo ellos pescadores, seguramente no estaban acostumbrados a ver a una persona caminar sobre el mar borrascoso. No reconocen a quien viene caminando hacia ellos. Creen ver una visión, un espectro, algo siniestro que posiblemente -conjuntamente con la tormenta- acecha su vida. El Maestro comprende el terror, el pánico y grita: *"tengan valor: YO-SOY-(EL-QUE-SOY). No tengan miedo"*. Una vez más el **apocalipsis, la revelación, la transfiguración:** ciertamente el Maestro se está identificando con **"EL-QUE-ES"** -ὁ-ὢν(-ὁ-ἦν-ὁ ἐρχόμενος), es decir, con el Dios de los antepasados, aquel que reveló su Nombre al mismo Moisés en la zarza.

En tal escenario reina la incertidumbre y la duda. Responde Pedro *"Si verdaderamente "TU-ERES(-EL-QUE-ES)" da orden a que vaya a ti sobre las aguas"*.

En otras palabras, le pide **que de cuentas** de que verdaderamente es quien dice decir. Y acá es importante la cuestión de la identidad, la cual, en esta coyuntura, debe considerarse doble: 1- que quien viene hacia el barco es el Maestro 2- que el Maestro es "EL-QUE-ES", es decir, es Dios. La frase «σὺ εἶ» -tú eres- es clave. Queda en segundo lugar el «εἶ» -si- que expresa la duda, la incertidumbre, la perplejidad, propios del momento: **"Si tu eres el Maestro -y consecuentemente eres "EL-QUE-ES"- entonces da cuenta de ello sobre mí": «κέλευσον»** -ordena-, "expresa, revela, tu potestad". «Σὺ εἶ»: la **quintaesencia petrina** y, por ende, apostólica: "ἀποκριθεὶς δὲ Σίμων Πέτρος εἶπεν· Σὺ εἶ ὁ χριστὸς ὁ υἱὸς τοῦ θεοῦ τοῦ ζῶντος. -respondiendo entonces Simón Pedro dijo: Tú eres el Mesías-Cristo, el hijo del Dios Vivo" (Mt.16:16)

El Cristo-Mesías inmediatamente da cuentas de Quién es y "**ordena**" -κελεύει: **"!Ven!"**. Ahora la revelación se expresa a través de un verbo imperativo que siempre da cuenta de la omnipotencia de quien ordena. Pedro sin más acata la orden. Sale del barco y comienza la caminata audazmente sobre el agua **hacia** el Cristo-Mesías: **transfiguración invertida**: recuerdo las palabras del mismo en el evento en el monte: "Y sucedió que al retirarse ellos de Él, Pedro dijo a Jesús: Maestro, bueno es que estemos aquí; hagamos tres enramadas, una para ti, otra para Moisés y otra para Elías; no sabiendo lo que decía." (Lc. 9:33) "Μὴ εἰδῶς ὃ λέγει" -no sabiendo lo que decía. Pero me pregunto **¿En qué plano Pedro no sabe lo que dice?**

Lo cierto es que Pedro avanza, pero "**comienza a darse cuenta**" de lo que está haciendo: "**toma conciencia**" de que está caminando sobre el mar embravecido, de que el viento es fuerte y, por fin, de que está poniendo en riesgo su vida". Sobreviene el miedo. Y cuando sobreviene el miedo, el pánico, el terror, se subvierte la naturaleza primigenia, puesto que se ha activado el "**complejo adámico**" post-caída: "Oí tu voz en el huerto y tuve miedo, porque estaba desnudo; por eso me escondí." -dice Adán cuando Dios lo llama (Gen. 3:10).

Y en este punto hay que contraponer el "Μὴ εἰδῶς ὃ λέγει" -καὶ ὁ πράττει agregaría yo- con el "βλέπων", es decir la "**in-conciencia**" primigenia de Pedro con la subsiguiente "**conciencia**" de lo que está haciendo. Subvierto los términos: la "in-conciencia" en realidad es "**sobre-conciencia**"; aquella natural y primigenia del hombre pero ahora iluminada e informada por la gloria increada -por eso no sabe lo que dice ni lo que hace- y la "conciencia" es la "**ignorancia adámica**" -siempre caída- que está limitada por la cautividad de la facultad original y legítima de hombre al medio ambiente, opacada por el miedo-culpa-placer propios del "**complejo adámico**" y, consecuentemente, extraña a la gloria increada.

Está "in-conciencia" de Pedro es en realidad la superación de la racionalidad limitada a los sentidos corporales; es la trascendencia de la intelección coartada por la emocionalidad estigmatizada por el **miedo-culpa** adámicos; es el regreso de la función racional a su centro cardíaco, la estabilización de las funciones del alma: todo esto **por medio de la divina gracia**: por ello Pedro puede salir del barco y caminar "**hacia**" EL-QUE-ES, simplemente porque lo está viendo cara-a-cara. **Aunque sea por un instante**. Es el mismo instante de la transfiguración cuando "**no sabe lo que dice**", cuando ve las cosas "**tal cual-como-son**": todas saturadas por la gloria increada de Dios.

Luego, hasta que el Paráclito no venga durante el Pentecostés, Pedro retorna a la “conciencia” propia de los mortales y se **hunde** en las aguas mientras pide auxilio al Maestro. Recuerdo otro episodio que refuerza este triste “retorno”: *“Un poco después, acercándose los que por allí estaban, dijeron a Pedro: Verdaderamente también tú eres de ellos, porque aun tu manera de hablar te descubre. Entonces él comenzó a maldecir, y a jurar: **No conozco al hombre**. Y en seguida cantó el gallo.”* (Mt. 26: 73-74)

La experiencia del barco, desde el punto de vista de la revelación y su mecanismo en el hombre, es la misma de la Transfiguración. San Gregorio Palamás claramente dice que el Cristo-Mesías *“no mostró otro esplendor sino el que tenía de forma invisible y había escondido bajo la carne, es decir el esplendor de la naturaleza divina. Por tanto, esa luz es de la divinidad y no es creada; porque, según los teólogos, Cristo se transformó, no al recibir lo que no era, ni al transformarse en algo que no era, sino al revelar a sus discípulos lo que verdaderamente era, abriéndoles ojos y haciéndolos ver como a los ciegos. ¿Ves que los ojos que ven a través de la naturaleza están ciegos a esa luz? Por lo tanto, ni esa luz se siente ni los espectadores la vieron solo con ojos corporales, sino con ojos que habían sido transformados-transfigurados por el poder del Espíritu divino.”*¹

Sin embargo, la experiencia dura un instante. Es un instante eterno, sin límites. Pero aún no será el tiempo propicio para que aquella “eternidad”, aquella “infinitud” del “Reino” se dilate en aquellas almas que, sin embargo, proclaman la divinidad del Cristo-Mesías.

Al salvar a Pedro de su “hundimiento” en la contingencia, la admonición del Maestro es severa: *“¿hombre de poca fe -ὀλιγόπιστε-, por qué dudaste?”* Hay fe, pero aún no es suficiente; hay fe, pero aún vence la eventualidad; hay fe, pero aún está activado el “**complejo adámico**”: la culpa y el miedo -y su reverso, el placer- que no permiten aquella relación natural con lo Absoluto basada en la imagen y semejanza primigenias.

Será necesario aún mucho camino por recorrer. Será necesaria aún mucha ascesis, mucho ejercicio. Recordemos que muchos aún luego de la resurrección «(οὐ δε) ἐδίστασαν» (Mt. 28:17). Pero por sobre todas las cosas será necesario que el Cristo-Mesías cumpla con su “Economía” y luego envíe su Espíritu Paráclito, a través del cual

“todo hombre divinizado tiene visiones, profetiza y predice y, alabando al Dios en tres Personas, obra maravillas altísimas”

(II antífona de la fiesta)

¹. SAN GREGORIO PALAMAS, *Homilía XXXIV, Sobre la Metamorfosis*, 13.